



Domingo, 28 de junio

Salimos de Barcelona tras el madrugón habitual y después de unas cuantas horas de carretera llegamos a Rodalquilar, en el corazón del Parque Natural de Sierra de Gata.

La esperada entrada en la Posada 'El Ajillo' no puede ser más decepcionante: una ambulancia está plantada en medio de la zona de aparcamiento.

Parece que ha habido algún tipo de accidente y, en efecto, nuestros temores se confirman: Araceli se ha caído y se ha roto un brazo.

Tras el alboroto inicial se llevan a nuestra amiga y a su azorado marido Antonio a un hospital 'de alta definición' según palabras de Joaquín que, mermado por una galopante gastroenteritis, aún tiene arrestos para hacer uno de sus siempre oportunos comentarios.

Ante lo sombrío del panorama decidimos comer y retirarnos a nuestra habitación para descansar sin siquiera deshacer las maletas.

Cuando despertamos de la siesta ya ha vuelto Araceli con un enyesado más que regular y la previsión de unas vacaciones, como poco, incómodas.

Le expresamos, sinceramente, nuestras condolencias.

Cena: fruta y yogures en la habitación.

De postre: cigarrito en la terraza contemplando el cielo maravillosamente estrellado de este desierto y una luna que promete estar llena en tres o cuatro días.

Lunes, 29 de junio

A las 8:00, después de nuestras abluciones matinales, recupero una sana costumbre casi olvidada: 20 minutos nadando en la piscina.

Desayunamos al gusto de 'El Ajillo' contemplando la Torre de los Lobos y escuchando el rumor de la fuente instalada en el centro de la terraza. Este es uno de los pequeños placeres de los que disfrutaremos cada día en la Posada.

Nos vamos a la playa. Decidimos empezar suavemente y nos dirigimos a la zona del Morrón de los Genoveses en la ensenada del mismo nombre.

Volvemos después de dos horas tranquilas y muy placenteras.

Ducha y cervecita fresquita. Mmmmmmm...

Comida: Ensalada y Lecha en cuajadera. Muy rica.

Después, siestecita.

Esto ya va tomando la forma soñada y esperada durante tanto tiempo.

Por la tarde-tarde, paseíto por San José y cenita tranquila en la habitación viendo una peliculilla en nuestro nuevísimo y recién estrenado portátil Sony Vaio.



Martes, 30 de junio

Amanece. Abluciones. Piscinita.

Sólo una pega: durante mis ejercicios natatorios mañaneros he notado cómo me entraba agua en el oído izquierdo. ¡Cachis!

Desayunamos.

Hoy la cosa ya va en serio. Nos vamos a la cala de Enmedio.

Sobre las once llegamos a la cala después de sortear a unos cuantos camiones suicidas en la carretera de Fernán Pérez a Agua Amarga.

Vale la pena caminar veinte minutos por el barranco que nos lleva hasta allí.

Este lugar es una maravilla. Prácticamente solos, montamos la 'paradeta' y nos entregamos durante cerca de tres horas al disfrute de su particular belleza.



No contentos con ello, cuando desmontamos el chiringuito, decidimos regalarnos con una comida apoteósica en el restaurante La Palmera en Agua Amarga (C/ Aguada, s/n 950 138 208). Ensalada de tomate con ajo y bacalao, parrillada de verduras y fritura de salmónetes y galanes. Todo buenísimo, fresco y bien tratado. En especial los galanes (un pescado desconocido hasta ahora para nosotros), realmente exquisitos.

Volvemos y nos encontramos en la Posada a Maite en plena actuación. La Reina de la Casa es un hermoso y simpático torbellino de dos años y medio. Grabo unos videos históricos y disfrutamos del show.

Por la noche, cenita en Las Negras con los señores Regueiro. A destacar: calamar fresco en aceite y con su propia tinta.

Como el día no podía ser completo, el oído comienza a darme seriamente la lata.

Miércoles, 1 de julio

Amanece. Abluciones.

Mi oído reclama toda mi atención.

Después de dar unos cuantos tumbos buscando sin éxito un médico en Rodalquilar, acabo en el consultorio de Campohermoso rodeado de emigrantes y con más de veinte números por delante hasta que me llegue el turno en el que, supongo, alguien me atenderá.

Me voy a tomar un café. Me fumo un cigarrito. Vuelvo. Se me pasa el turno. Diossssss!

Con mi mejor cara de niño bueno me explico ante la chica-señora de recepción la cual con arte y salero me atiende ipso facto y consigue, no sin dificultad, llevar a buen fin todos los trámites administrativos necesarios para que me atienda un médico en ese lugar.

Me cita con el doctor Moreno para una hora y pico más tarde ante lo cual emito un murmullo sinceramente agradecido. La chica-señora-salerosa me suelta un desapasionado "paesostamohaquí".

Escarmentado, no me separo más de tres metros de la puerta de la consulta que me han asignado, no sea que se me vuelva a pasar el turno.

La espera transcurre con la sensación de haberme trasladado mágicamente a un país del Magreb. Y el carácter

árabe del entorno no es precisamente el de las mil y una noches si nos atenemos al aspecto de las señoras con bigote y pañuelo en la cabeza que, por decenas, pululan por aquí.

Me concentro en mi libro y dejo pasar el rato.

Por fin, mi turno.

Diagnóstico: Otitis externa. No parece grave. Aunque molesto.

Remedio: Cinco días de tratamiento con Synalar ótico, Ciprofloxacino 500 mg e Ibuprofeno.

El médico: sin duda el más adecuado para mi caso. Habla tan bajito que pienso que, además de las molestias, me estoy quedando sordo.

Armado con todas mis drogas y tras equivocarme de salida en Campohermoso, vuelvo al Ajillo dando un rodeo más que generoso al Parque Natural del Cabo de Gata.

Decido aprovechar la ocasión y disfrutar de las espléndidas vistas.

En la Posada me reencuentro con Fina que ha entretenido la espera haciéndose cien largos en la piscina. Estilo braza. Es una máquina. La Bomba, yo diría.

Besos, arrumacos, pobrecito mininio, bañitos, lectura, solecito, duchita y a comer.

Por si todavía no me había dado cuenta, constato que hoy es un día especial. Ha venido la hija de los señores Regueiro junto a su, por supuesto, italiano marido para ver a su accidentada madre y Joaquín lo celebra montando para los seis un estupendo menú degustación con las pruebas culinarias que Antonia y sus nuevos cocineros han hecho de cara a la inminente inauguración de su nuevo restaurante "Contrapunto".

El resultado es nueve puntos por encima de correcto y uno por debajo de excelente (Perdona Mendoza por la licencia).

La sobremesa se alarga hasta bien entrada la tarde.

Minisiesta y cenita suave.

Despedida y cierre.

Jueves, 2 de julio

Amanece, abluciones y desayuno.

Nos llevamos a Nacho a las calas escondidas que se encuentran al norte de Mónsul.

Siempre hemos llegado a esta cala desde el Mónsul y bordeando la costa hacia el norte.

Este año las corrientes han inundado el camino y hay algún que otro obstáculo.

Tras una particular y divertida odisea en la que resultó "salpicada" la toalla de Nacho llegamos a la Cala Sin Nombre ("la de la izquierda del Mónsul"). Es una preciosidad de aguas cristalinas que nos reserva una sorpresa: medusas.

No hay muchas. Nos bañamos con cuidado y no parece haber mucho peligro siempre que vigilemos en no dar con ellas.

Aún así Nacho hace una incursión solitaria en el agua y, en un despiste, recibe un par de picaduras. No parece grave aunque luego se le hinchará el codo y necesitará un par de días de medicación. Parece que este año todo se adorna con algún tipo de complicación médica. Esperemos que no le fastidie su inminente viaje a Olesa, Barcelona.

Volvemos al coche, esta vez caminando por las dunas para evitar remojones inesperados.

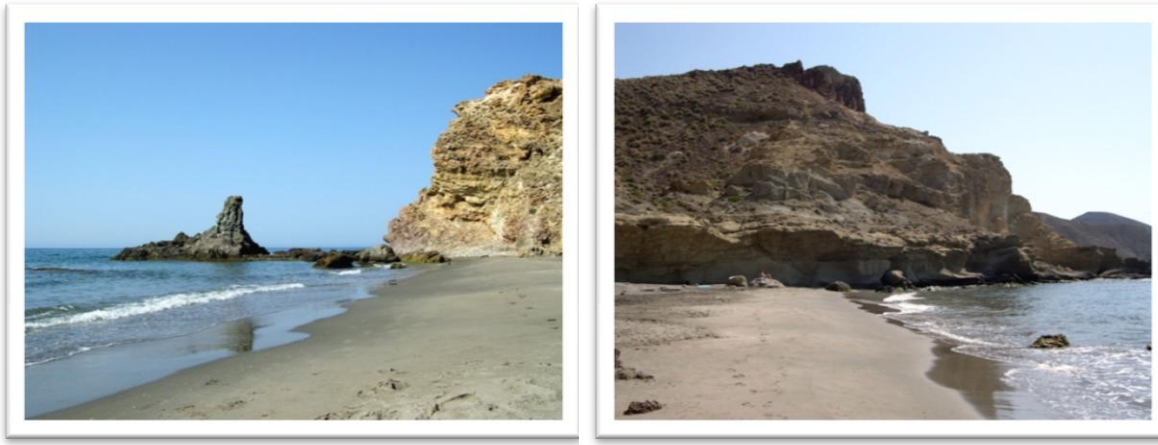
En el Ajillo nos espera una ducha, una cervecita fresca y un arroz empedrado con costilla y chorizo que nos deja a puntito para la siesta.

Más tarde paseíto por San José, compras y cena ligera en el Ajillo.

Viernes, 3 de julio

Amanece, abluciones y desayuno.

Hoy nos dirigimos a la cala Chicre. Aguas quietas y cristalinas, un montón de peces curiosos y, sobre todo, quietud y tranquilidad.



Disfrutamos un buen rato de esta perla poco conocida del Cabo de Gata espantando de vez en cuando a algún insecto impertinente.

Aprovechamos la llegada de un grupo de chavales con sus granos, sus gritos, sus hormonas y todo lo demás para levantar el campamento y dirigirnos al restaurante “La Ola” en la Isleta del Moro.

Ensalada, almejas a la marinera (en realidad rosellonas con vino blanco) y “Escopeta” a la brasa. Brutal. El pescado de aguerrido nombre es de una calidad inesperada y, bien tratado por el cocinero, se convierte en una delicia para el paladar.

Encantados, volvemos a la posada a recuperarnos del festín con una buena siesta.

Vagueamos, lectura, House, y frutita en la habitación.

Sábado, 4 de julio

Amanece, abluciones. Me sigue molestando el oído. Un poco.

Desayunamos y, antes de marchar, nos despedimos de Nacho que se va hoy a Olessa. Nervioso y excitado, sale volando y metiendo prisa a su padre que tiene que llevarlo al aeropuerto. Seguro que lo pasa fenomenal.

Comienza el fin de semana y tememos una avalancha de gente en las playas. Intentando evitar aglomeraciones decidimos volver al Morrón de los Genoveses pues está apartado y hay que caminar bastante salvo que llegues en barco (¡!).

Cuando llegamos en la playa en la arena no hay más que el tronco pelado de un árbol de especie indefinida que el mar algún día puso allí.

Nuestro primer baño es apoteósico.

El agua transparente permite ver bandadas de alevines que huyen de nuestros pies y la luz del sol incide oblicua sobre el mar para extraer inesperados reflejos destellantes.

En esto aparece un barco. ¡Hay! Una motora de 7 u 8 metros en la que llegan a la playa dos familias con sendos niños y, alucina, su propia chacha-niñera en bañador.

Tienen tooooooooda la playa para colocarse pero deciden plantar su paradita a unos diez metros de nosotros. Bueeeeeeeeno, paciencia.

Al rato decido darme otro baño. Que rico.

Llevo las gafas y voy mirando los peces bajo el agua. Son sumamente curiosos y nada asustadizos. Mabras, yo diría. Cuando levanto la cabeza veo cuatro embarcaciones más que, al unísono y en completa sintonía, se abalanzan sobre la cala sin ningún tipo de miramiento. ¡Dios mío! Los domingueros ya están aquí.

La arena se llena de sombrillas, petates, chanclas, niños gritando, madres tirando fotos y padres armados de cazamariposas intentando coger algún desgraciado pececillo para mostrarlo como un trofeo a su excitada prole.

Además, todos van vestidos.

En cinco minutos, Fina y un servidor pasamos de ser dos entes en íntima y tranquila comunión con la Naturaleza a dos bichos raros que enseñan sus vergüenzas en medio de esa vorágine imparable que llamamos

“Civilización”.

Nos vestimos y nos vamos.

Llegamos a la posada y, como tenemos tiempo, nos damos un relajante baño en la piscina a la espera de que Joaquín nos deleite con una estupenda ensalada y un no menos estupendo conejo al ajillo.

Siesta.

Cuando despertamos, Isa, Toni, María y Albert ya han llegado a Rodalquilar.

Celebramos tanto su llegada al desierto como la festividad de Santa Isabel cenando pizza en el Panpepato.

Visita a su nuevo apartamento y copita de cava.

Al llegar a la posada nos encontramos a Antonia probando una copa de vino a la luz de una luna cada vez más llena. Aprovechamos la ocasión para charlar un rato con ella fumando un cigarrito y soportando los impíos ataques de un escuadrón suicida de mosquitos jodones.

‘Petons’, ‘expresions’ a la familia y a dormir.

Domingo, 5 de julio

Amanece, abluciones y desayuno.

Me sigue molestando el oído. Un poco más que ayer y, me temo, menos que mañana.

Continúa el fin de semana y seguimos temiendo la afluencia masiva de gente a las playas.

Decidimos ir a la playa del Barronal. Todos unidos en el naturismo contra las avalanchas textiles domingueras.

Una vez allí vemos que no es para tanto y se está estupendamente, como siempre.



Disfrutamos de un día de playa fantástico tomando el Sol, jugando con mis sobrinos, charlando, jugando con mis sobrinos, leyendo, jugando con mis sobrinos...En fin, estas cosas van como van.

Hoy inaugura Antonia su nuevo bar-restaurant “Contrapunto” y acudimos a darle nuestro apoyo moral... y a comernos las estupendas tapas que preparan.

Huevos estrellados, salmorejo con salmón ahumado, pies de cerdo, albóndigas de jibia y bacalao con salsa negra, todo regado con una más que aceptable cerveza de barril. Las albóndigas, brutales.

Al final nos invita Joaquín por gentileza del Ajillo cosa que agradecemos convenientemente.

Siesta, cenita, despedida y cierre.

Lunes, 6 de julio

Amanece, abluciones y carretera hacia Almería a ver si algún médico me ve el oído.

He decidido que alguien con formación médica me diga si la molestia que, después de cinco días de tratamiento, continúo sintiendo en mi oído es normal. O algo.

Siguiendo las indicaciones de Joaquín llego fácilmente a la Clínica Mediterránea y en el servicio de Urgencias me miran, me revisan, me quitan un tapón de cera y me dicen que ya estoy bien.

No me lo acabo de creer pero yo voy a hacer como que sí.

Continúo sintiendo esa pequeña molestia pero simularé una mejoría tan instantánea como milagrosa. En Barcelona ya iré a la consulta del otorrino.

Aprovecho para comprar, por duplicado, la tercera parte de la trilogía de Millennium. Una de ellas se la regalaré a Joaquín que está tan enganchado como una servidora. El vendedor de la librería, al ver que compro dos ejemplares de la misma publicación, me mira entre socarrón y divertido; al final hace un comentario gracioso, yo otro y quedamos tan amigos. También paso por La Fabriquilla para pedir el teléfono del restaurante-tasca-chiringuito “La Estrella” donde pensamos comer próximamente y, por último, entro en San José para comprar cositas para el aperitivo pues hoy comemos en el apartamento de mi hermana.

¡Por fin un entrecot de ternera!

Copa, ‘charradeta’, ‘petons’, ‘expresions’ a la familia y siesta.

Cena en el Ajillo: ‘pa amb tomaquet’ y fiambre frío de lomo asado a 60 grados. Genial.

Antes de acostarnos me fumo un cigarrito junto al jardín de la piscina contemplando el firmamento estrellado y ese pedazo de Luna que ya está prácticamente llena.

Felices sueños y hasta mañana.

Martes, 7 de julio, San Fermín

Amanece, abluciones y desayuno.

Hoy nos vamos a nuestro rincón preferido de Cabo de Gata: Cala Chica y Cala Grande.

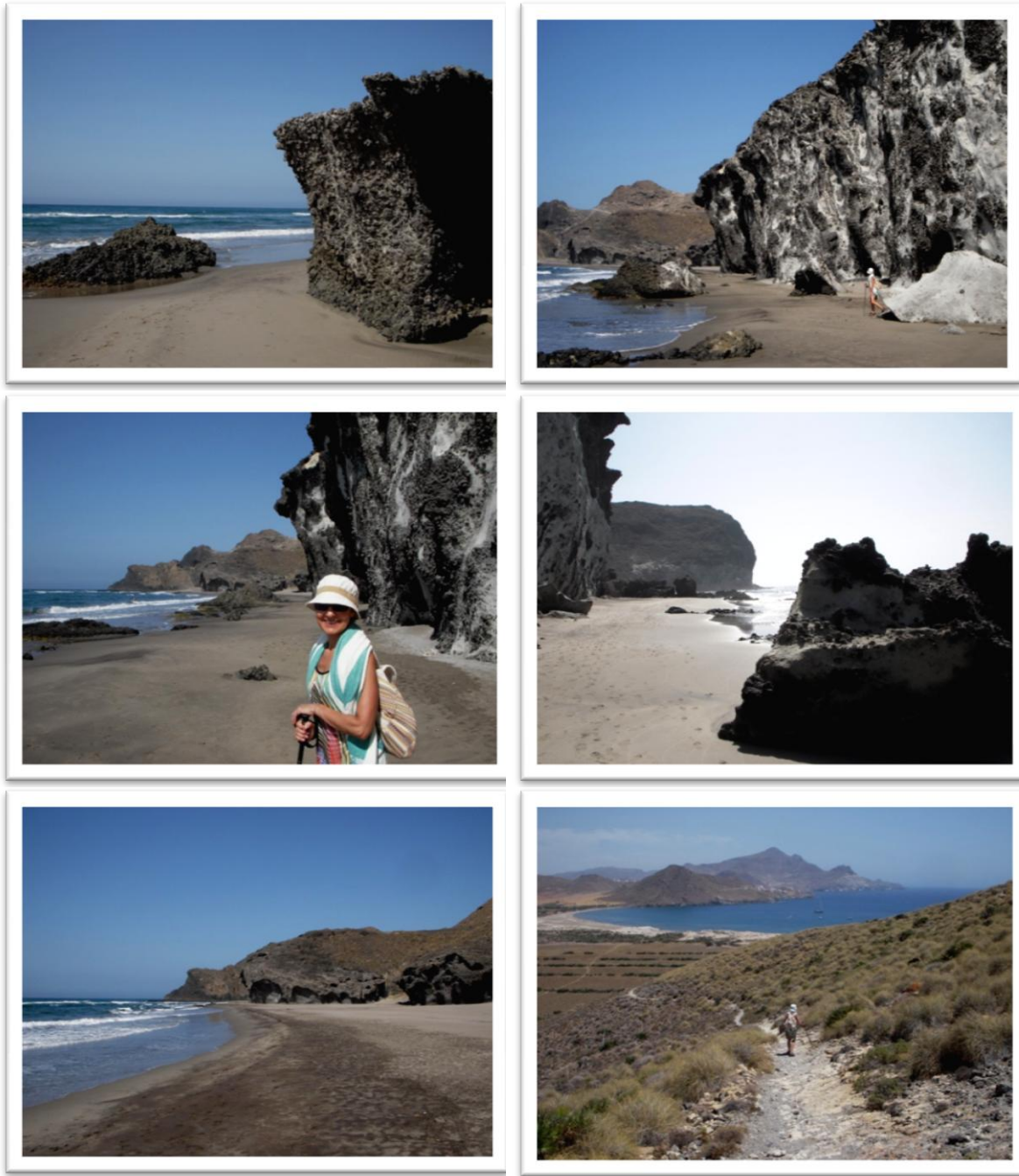
Toni, mi cuñado, también quiere venir pero el resto de su familia le da plantón: hay que caminar media hora atravesando el desierto y una colina pedregosa desde el aparcamiento de los Genoveses para ganarse ese regalo y tanto mi hermana como sus niños no están por la labor. Otro día será.

Inmenso.

Espectacular.

Vale tremendamente la pena venir hasta aquí y cualquier comentario para describirlo se queda corto.





En esta zona salvaje del Cabo de Gata se funden la inmensidad del mar con la espectacularidad de las coladas volcánicas dando forma a un lugar mágico. Casi puedes sentir, trasladado a otra era geológica, el ímpetu de la tierra fundida llegando al mar y, enfriándose repentinamente, quedar clavado ante él rindiendo pleitesía. Formidable. Ni Mónsul, ni leches.

Disfrutamos como becerrillos de este paraje y, cuando llega la hora, recogemos y enfilamos hacia Rodalquilar. En el Ajillo, que hoy celebra su fiesta semanal, nos esperan Araceli y Antonio para comer juntos en el Hotel Naturaleza, al lado de la posada. Los Sres. Regueiro se han empeñado en invitarnos a comer para corresponder a la cena de hace unos días en Las Negras y, como Araceli está como está, escogieron el restaurante de este hotel que está justo al lado de la Posada.

Sobre la comida, sin comentarios. La compañía, excelente.

Volvemos para celebrar nuestra acostumbrada siesta. Ellos y nosotros.

Por la noche, como nuestros amigos gallegos parten al día siguiente para regresar a su tierra, Antonia y Joaquín montan una cena de despedida en la que colaboramos con un jamoncito Dehesa de Extremadura que

hemos traído, envasado al vacío, desde Barcelona para imprevistos o previstos como este.

Como Antonia se retrasa ya que las meigas han atacado con saña y alevosía al Contrapunto, empezamos a cenar sin ella. Al rato Araceli, cansada, se retira.

Poco después, Antonio, por enésima vez, le recuerda a Joaquín que le despierte por la mañana en cuanto se levante. Joaquín, paciente, asiente.

Durante la cena hubo un momento mágico. Fina estaba comentando alguna cosa cuando, de pronto se quedó sin habla durante unos instantes para, de inmediato exclamar: la Luna, la Luna, ¡la Luna!...

Intrigados, nos levantamos todos de la mesa para, junto a ella, ver surgir de la vaguada del Playazo una Luna inmensa que tiñe el cielo y el valle de color champagne.

En silencio, damos gracias a los dioses por poder disfrutar de este momento y, despacito, volvemos a sentarnos para continuar la conversación. En realidad, para iniciar otra porque Fina ya no sabía de qué estaba hablando.

Por fin llega Antonia a tiempo de probar el vino y el jamón.

Le prestamos nuestro hombro para que nos dé detalles de todas las desgracias que le han ocurrido durante la jornada. El Contrapunto tiene problemas. ¿Serán las meigas? Increíble pero cierto.

Esta mujer es la bomba. Tiene una voluntad y una energía envidiables. Y aún tiene humor para contarnos un chiste sobre tartajas que nos hace desternillar de risa antes de acostarnos. Es como un rayo de luz en un día sombrío. Le deseamos lo mejor en su nuevo proyecto. Se lo merece. Sin duda.

Y ahora, todos a descansar.

Miércoles, 8 de julio

Amanece, abluciones y meigas. Hoy las brujas vuelven a actuar.

Esta vez le ha tocado a Fina: siente una especie de ardor interno en el gemelo izquierdo.

Parece una pequeña avería consecuencia del intenso calor pero suficiente para que estemos un poco mosqueteros.

Nos dirigimos al Barronal. Mis hermanos y su prole llegan una hora más tarde. Baños, juegos, charlas, paseos... Reservamos una paellita en el restaurante La Estrella, en La Fabriquilla (950371242).

Un rato antes, para no abusar del Sol, Fina y yo nos vamos de la playa y quedamos con la familia directamente en el restaurante.

Hacemos un poco el oso por San José y nos vamos para allí. Nos da tiempo a subir al faro y echar un vistazo al Cabo.

A las tres en punto estamos todos como un 'peluco' en el punto de encuentro. En cuanto nos sentamos en la mesa nos sirven una preciosa paella acabada de hacer.

Tanta puntualidad me abruma.



Para completar pedimos: ensalada, calamar, gamba roja, melva a la espalda y almejas.

Todo rico y de calidad salvo la melva que se les pasó un pueblecillo en la plancha.

Cervezas, agua, vino y tres o cuatro postres. Todo por 130€.

Este sitio es un hallazgo. El restaurante, sobre todo en la habitación exterior, es muy agradable, hacen buenos arroces, tienen buen género y lo tratan bien (salvo esa melva) y, además, no se pasan con el precio.

De vuelta al Ajillo, siesta. Cuando despertamos, Fina parece querer encontrarse un poco mejor.

Cenamos en el apartamento de mi hermana. De picoteo.

Como mi sobrino se empeña en jugar al mus, le doy unas clases.

Jueves, 9 de julio

Hoy nos hemos levantado un poco saturados de playa.

Habíamos quedado con mis hermanos en volver a Cala Grande pero a Fina le sigue molestando la pierna y decidimos que hoy nos quedamos en la piscina para no abusar del Sol.



Fina consigue hablar con su doctora y ésta le da un pequeño tratamiento con una crema y frío y se queda más tranquila.

Con la calma, desayunamos, charlamos con Reme y Paco, una simpática pareja de Matadepera alojada también en el Ajillo, y Joaquín nos da las últimas novedades sobre el Contrapunto, que sigue cerrado.

Nos acercamos un momento a San José a hacer unas compras y, poco después, nos acomodamos bajo una de las pérgolas de la piscina.

Se está estupendamente. Nos damos cuenta de ello después de bañarnos y de estar un rato leyendo bajo una de las sombras instaladas recientemente por el 'manitas' de Joaquín.

Solos, con la única compañía del algarrobo, las palmeras y el olivo del jardín, del murmullo del desierto a nuestro alrededor, con una preciosa vista de la Torre de los Lobos a Levante, decidimos que, en otra ocasión, introduciremos un día de descanso en la piscina entre nuestras continuas visitas a calas y playas.

Mientras tanto enciendo el portátil y un cigarrillo, descargo las fotos que había en la tarjeta de la cámara y escribo alguna de estas líneas.

Poco después, aparece Joaquín y se sienta un ratito con nosotros para compartir una cerveza fría y un poco de amistad y conversación.

Dan ganas de no moverse pero hemos quedado con Isa y Toni para comer en su casa y, renuentes, recogemos, nos duchamos y así, limpios y perfumados, nos dirigimos a su apartamento.

Preparamos la comida y la disfrutamos en familia y con tranquilidad.

Acabamos la partida de mus que empezamos ayer y volvemos al Ajillo donde ayudo a Joaquín a instalar una nueva conexión a Internet. Después de varios intentos y vicisitudes conseguimos que funcione.

Mientras tanto Fina se ha ocupado de Maite, la pequeña de la casa. La niña es un encanto y, por alguna extraña razón, nos ha tomado cariño y no para de repetir Mina y Balolo con una sonrisa preciosa en su cara.

Cuando Maite, armada con su chupete-tapón, se acuesta en su cuna no queda tiempo para más y cenamos con Reme y Paco disfrutando de la velada y de la sobremesa.

Aún queda tiempo para un 'momento Ajillo': la luna saliendo junto a la Torre de los Lobos. Avisados por Joaquín, los clientes que en ese momento estamos en la terraza lo dejamos todo para contemplar el espectáculo. Así es la Posada.

Sin más, con ese y otros gustitos en el cuerpo, nos acostamos.

Viernes, 10 de julio

Amanece, abluciones y desayuno.

Hoy es nuestro último día. Snif.

María y Albert vendrán a bañarse en la piscina o sea que repetimos. Ya estamos inmersos en los preparativos para la vuelta a Barcelona, a los niños les encanta e Isa y Toni podrán disfrutar de una mañana de "novios".

Hago una escapada a CampoHorroroso para poner gasolina, limpiar el coche y hacer un par de recados. Uno de ellos era comprar perejil para el Ajillo y otro comprar devedés. Donde compro lo primero pregunto dónde comprar lo segundo y me dicen que en un bazar que está no sé dónde. Al lado de donde he aparcado el coche recuerdo haber visto la palabra bazar bajo unos signos árabes. Decido probar suerte.

Entro y está oscuro. Sólo se oyen los berridos que, desde un televisor colocado en lo alto, emite un energúmeno con barba y turbante. Perplejo, pierdo el poco sentido común que me adorna y, en vez de salir por piernas de allí, busco a un dependiente para preguntarle por la mercancía. Veo a un tío sentado y me dirijo hacia él. Antes de decir ni pío me muestra un dedo roñoso que señala a su derecha. Murmuro una irónica disculpa por perturbar su comunión espiritual con el loco de las barbas. En la penumbra y en la dirección indicada diviso a duras penas a otro personaje no menos curioso y, antes de que me enseñe otro dedo roñoso, le pregunto si tiene lo que necesito. Me dice que no y salgo de allí pitando. Aún deben estar preguntándose qué hacía un catalán de medio pelo en territorio cherokee.

Por fin encuentro los devedés en otro bazar que esta vez, por suerte, está regentado por chinos los cuales, aunque raritos, sonríen a todas horas y son amables. Contento y satisfecho, no beso al chino que me atiende para que no me interprete mal.

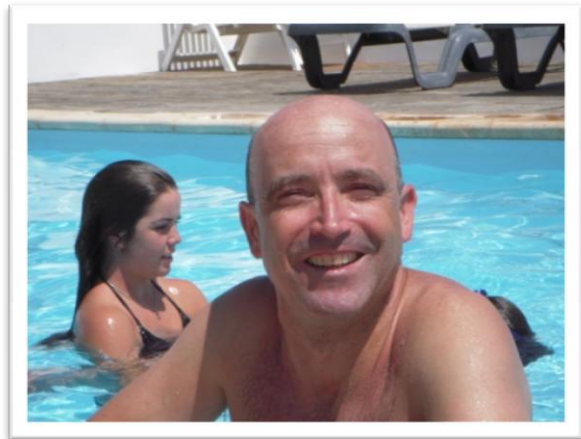
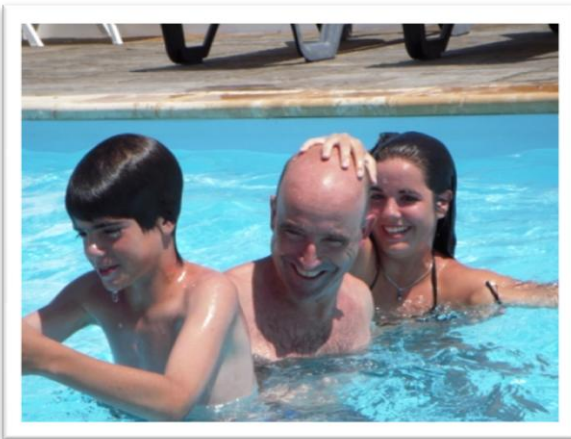
Vuelta a Rodalquilar.

Después de dar tantas vueltas por CampoHorroroso la reentrada en el Parque es como salir del Infierno para entrar en el Paraíso.

Parece mentira que haya un pueblo tan feo a las puertas de un paraje natural tan hermoso. Será para compensar.

Cuando llego a la posada ya están allí mis sobrinos haciéndose ahogadillas en la piscina.

Me cambio a toda velocidad, me meto en el agua y, como soy tan bueno, dejo que las ahogadillas me las hagan a mí.



Después de la juerga (hay un vídeo para recordarla) nos duchamos, nos vestimos y esperamos a Isa y Toni para ir a comer al Contrapunto que hoy, por fin, ya ha abierto.

Como era de esperar, Antonia nos trata de forma inmejorable y nos sirven una comida memorable.

Tras las tapas que vienen con las cervezas, pedimos otras de diseño: albóndigas de sepia, cubalibre de foie, piruleta de conejo, revuelto de morcilla y alguna cosita más... todo riquísimo y original. Y para rematar, un plato de presa ibérica con berenjenas y queso de cabra y dos solomillos de buey realmente espectaculares. Todo regado con un buen vino recomendado por nuestra anfitriona. Como ya no nos queda hambre, por pura gula compartimos dos postres entre todos, tomamos café y salimos pitando dejando a Antonia con la palabra en la boca porque, con la mente concentrada en la impresionante degustación, hemos olvidado que María quería llegar pronto a casa para ver no sé qué final de no sé qué concurso televisivo.

Una vez mis hermanos nos dejan en la Posada intentamos hacer la siesta pero las urgencias viajeras aprietan y no hay manera así que preparamos las maletas y lo dejamos todo listo para el viaje de vuelta. Snif. Después relleno los devedés que he comprado con fotos, música y pelis para Antonia y Joaquín y nos preparamos para la última cena. Snif.

En su apartamento, Isa nos prepara unos manjares (gambas a la plancha, almejas, sepia...) para hacer más llevadera la partida. Después de la deliciosa degustación nos despedimos con besitos, abrazos y arrumacos. Hasta pronto. Snif, snif.

Volvemos a la posada con la firme intención de acostarnos pronto para madrugar y partir hacia Barcelona a primera hora. Pero he aquí que Reme y Paco están en la terraza acabando de cenar y, simpáticos y sonrientes, nos invitan a probar un vino blanco del Penedés que habían traído y reservado especialmente para la ocasión (Gessamí de Gramona).

Bueeeeno. Un momentito nada más.

La velada se alarga en una buena conversación, el resto de comensales de la terraza se retiran y Antonia y Joaquín se unen a nosotros.

Poco a poco, vemos que nuestras buenas intenciones (acostarnos pronto y todo eso), se diluyen entre la agradable y divertida charla y la estupenda compañía. Gracias a Dios, porque este ratito no me lo hubiese perdido por nada del mundo.

Este es el encanto fundamental de la Posada Rural El Ajillo. No sólo es un alojamiento perfectamente fundido con el entorno donde está enclavado sino que Antonia y Joaquín, Nacho y Maite, hacen que te sientas como en casa.

Después de un rato y de mucho llorarle a Joaquín, aparece por arte de magia una botella de cava Recaredo y después de los brindis necesarios para acabarla, a las dos de la noche, nos despedimos.

Snif, Snif, Snif.

Sábado, 11 de julio

Madrugón y desayuno.

Maite está despierta y no para de decirnos: "No te vayah!, no te vayah!". Te la comerías.

Besos, abrazos, hasta el año que viene, más besos, más abrazos, hasta pronto, lagrimita, snif, snif y snif.

Por fin, carretera y a casita.